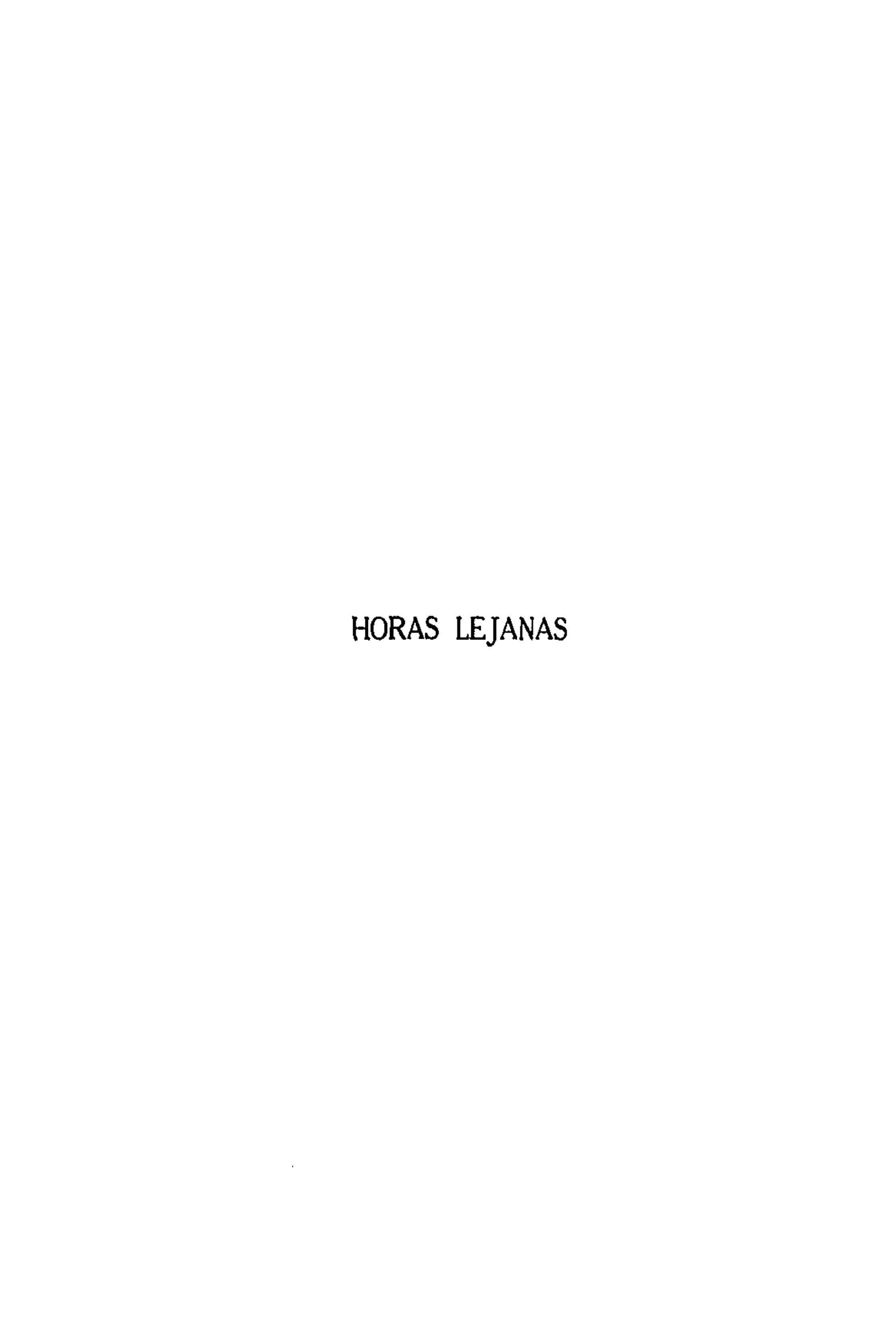
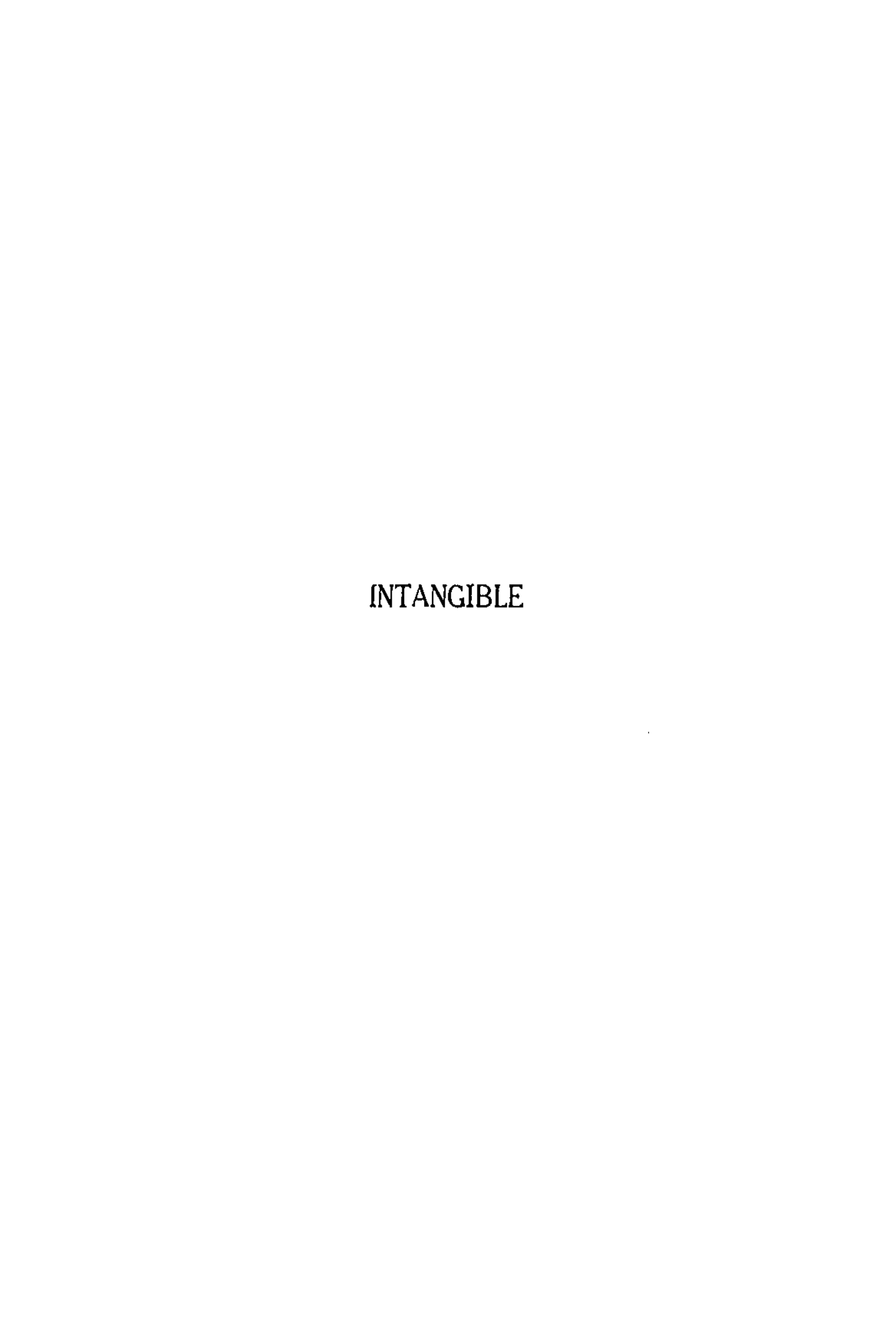


HORAS LEJANAS



INTANGIBLE

INTANGIBLE

Aquel año, en Mar del Plata, durante la temporada veraniega, fue a habitar un chalet, situado en la colina sur, una señora de apellido patricio, con su hija única. Como desde su viudez, doce años antes, vivía en el más severo retraimiento, eran ellas desconocidas de la gente joven, a quien la febril existencia de los centros populosos hace olvidadiza para con todos los que desertan de la exhibición cuotidiana.

Los paseantes solteros, al ver al principio a la niña, invariablemente asomada a una de las ventanas, en el tiempo del crepúsculo, con todo el busto visible, volvían asombrados: nunca imaginaron belleza tan perfecta. Pero ese asombro les impulsaba a indagar, y la indagación les traía un desencanto. Aquella cabeza y aquel busto pertenecían a una inválida, cuyas piernas –según lo afirmaron las consultas médicas– las inutilizaba una paraplegía incurable.

Y esto era exacto.

En efecto, la señora Mercedes García de Gutiérrez agotó lo posible terrestre para detener el curso de esa parálisis, de origen medular, terriblemente precoz, lúgubre legado paterno de venenos absorbidos durante una juventud tormentosa y conservados en estado latente hasta la violenta explosión mortal. Pero en Europa, como en Buenos Aires, visitó en vano, con la miseria doliente de su hija, a los más afamados facultativos: el mal no tenía remedio; y pronosticaron todos la incapacidad de la niña –Elena, era su nombre– para la realización más tarde de sus sueños y anhelos femeninos.

En compensación de esta semimuerte, el busto adquirió, en la época núbil, un soberbio desarrollo, con el prestigio de la más

admirable estatuaria, como si la vida se resarciera así de la estrecha y usurpadora vecindad de su enemiga. También el rostro acentuó la perfección de su óvalo, la pureza de sus líneas, resaltantes bajo el negro lustre del cabello, en la blancura de la piel, donde los ojos, del verde obscuro de las aguas profundas, fulguraban extrañamente. Tanta hermosura sobre tanta desdicha, era como un sarcasmo horrible: evocaba una primavera floreciendo sobre una tumba prematura.

Y dentro de ese cuerpo ruinoso y espléndido, el espíritu de Elena vivía una vida intensa, una vida ardiente, llena de adivinaciones torturadoras, con intermitencias de rebeldía y de resignación siempre sombriamente mudas. Su educación fue esmerada (consejo médico para que el estudio y la lectura recreativa contrarrestaron la abrumadora obsesión de su enfermedad), y esa gimnasia del cerebro le afinó de modo extraordinario, todas sus potencias. Pero a medida que se ensanchaban para ella los horizontes del universo interno, sus padecimientos crecían, dándole la clarovidencia amarga de goces imposibles, palpitantes en torno suyo con cruel ironía. Así, en ocasiones, la asaltaba una ira sorda, un odio secreto contra toda aquella plenitud de dicha imaginada en los demás, y la hubiera visto con gusto trocarse en sufrimientos más atroces que los de ella. Otras veces la vencía un hastío inmenso, absoluto, por la existencia, de uniformidad y desesperanza infinitas; y entonces el proyecto del anonadamiento voluntario se le insinuaba en las ideas, persuasivo y fúnebre.

Por suerte, estas crisis de sus pobres nervios degenerados, si bien frecuentes con el avance de la pubertad, eran fugaces; y regresaba a su pasiva dolencia, sin que las formidables marejadas íntimas hubieran siquiera trascendido al exterior, sin que experimentara menoscabo alguno la belleza de su rostro, invulnerable a los sufrimientos. Sin embargo, desde hacía poco tiempo, después del período depresivo consiguiente a cada crisis, la reacción venía acompañada de una punzada cortante en la médula espinal. El empleo de la morfina fue necesario; y como los accesos no tenían ya fecha ni horas fijas, aprendió ella misma a inyectársela....cuando no lo hacía la anciana institutriz inglesa, cuyo semblante impasible era el único que en todos los momentos soportaba la enferma. Porque su excesiva irritabilidad nerviosa recrudecía ante cualquiera muestra de pena o de compasión, y ello obligó al fin a la señora Gutiérrez a dejarse ver muy poco de su hija; a sumirse más y más en su austero encierro,

consagrada a ejercicios religiosos, e ignorante, en su sencillez moral, de las complicaciones dolorosas de aquel espíritu.

Y en Mar del Plata, continuaron ambas su vivir solitario y triste.

II

En la primera semana, las horas del balneario transcurrieron para Mario de Heredia como torbellino de diversiones encantadoras, dentro del círculo mixto formado por el elemento soltero del Bristol. Tenía treinta años, su posición social era excelente; su familia nobiliaria; había hecho varios viajes provechosos por el extranjero —viajes de observación y de estudio,— y ahora acababa de publicar un libro, de mérito artístico indiscutido. Pero su labor, por lo densa y lapidaria, fué nociva a su temperamento nervioso; y aquella existencia marplatense, de impresiones ligeras, puramente físicas, ejercía en él una influencia regeneradora.

Su cerebro, calcinado por la labor pensante; su sangre, empobrecida por la existencia ciudadana, poco a poco se reconstituían, se vigorizaban, como con benéficos baños de frescura. Y al volver a la soledad del cuarto, el sueño nunca le era esquivo: sus músculos y su espíritu, en el descanso, se fortalecían, apercibiéndose para empezar, con el mismo entusiasmo, el programa del día siguiente.

Gustaba también hurtar algunos ratos a la diaria reunión, para entregarse a solas, en la playa, a contemplaciones objetivas, sin análisis, pues notaba que hasta los espectáculos más triviales eran ahora un deleite para sus ojos. Y desde las diez hasta las doce, sus retinas no recibían sino imágenes plásticas, en el cuadro bullente de la concurrencia veraniega. Bajo los toldos, sobre la arena, grupos de los dos sexos veían a los bañistas agitarse, desaparecer y surgir en las aguas espumosas. Por la Rambla, la multitud circulaba indiferente al sol. En los balcones y en las terrazas de las confiterías, otros grupos descansaban del ejercicio del baño. Y donde quiera, en la gloria de la luz, el hechizo armonioso de los colores y las formas, toda la risueña elegancia estival, ante la magnificencia del océano ....

Pero aquella placidez de Mario fue efímera.

Entre las niñas del Bristol, había una, rubia y linda, novia en privado de un amigo temporalmente en Europa. El amigo, al partir, le pidió que la "atendiera", si iba él al balneario, punto habitual de veraneo de los padres de ella. En cumplimiento del pedido, la prefirió desde el primer día cautivándole su inteligencia comprensiva, flexible, su imaginación brillante, su carácter pensativo, su mentalidad, en fin, exenta de todas las superficialidades del "eterno femenino". La preferencia, estrictamente amistosa, aumentó, y fue su compañero en los paseos y en los diálogos mixtos del salón de conciertos. Nada más natural.....como asimismo las bromas que surgieron y los comentarios que las continuaron, por los cuales pasaban, él y ella, a la lista de los compromisos de ese año. Y Mario sintióse de nuevo invadido por su pesimismo social, generador de su alma de invencibles hastíos.

Fue entonces, una tarde, el noveno día de su llegada, cuando abandonó la Rambla, cuyo cinematógrafo invariable de multitud móvil le aburría, y se dirigió a una de las colinas del pueblo. Desde allí, el panorama circundante se le ofreció magnífico. A derecha e izquierda, otras colinas, cubiertas de verdores, alzábanse, salpicadas, a trechos, de casas. Abajo, la población se agrupaba risueña, en una mezcla de techos y azoteas, donde fulgían los rayos oblicuos del sol, próximo ya al ocaso. Más abajo aún, el mar, apacible, de un tinte azul índigo, era un cielo invertido frente a otro cielo.

La tarde desfallecía, y el caserío iba revistiéndose de formas indecisas. De las ventanas de vidrio de un chalet cercano saltaba la luz solar en chispeos sanguíneos. Distantes, los tres pabellones del Bristol erguían sus siluetas, ligeras airosas sobre el vasto escenario marino. Las nubes, en lo alto, diáfanas, viajaban pausadamente, cambiando de aspecto al cambiar de sitios..... El sol apoyó su borde inferior sobre la cima de un montículo lejano. Allí permaneció unos segundos; luego tras una pira llameante. Y pareció aquel el momento esperado para la creación de una fabulosa taumaturgia.

Por la comba del firmamento se derramaba, descomponiéndose, una oleada de luz roja. La vida crepuscular se esparcía en infi-

nita conjugación de matices; todas las fuerzas activas de la naturaleza quedaron suspensas, y formáronse con las nubes prodigios visionarios. Era aquello cual símbolos sobrenaturales trazados por la mano de lo desconocido. Del ocaso brotaban llamas cortas; adquirían las mas caprichosas figuras, y se diseminaban, radiantes, por la atmósfera incendiada. Sobre la extremidad izquierda de la línea de occidente, un castillo de ónix, del período medioeval, apareció y desapareció, reemplazándole amplio lago violeta, ceñido por playas de oro. Un templo helénico resplandeció en el levante. En el cenit, en medio de lujosos amontonamientos de tapices anaranjados, dibujóse, con relieve plástico, un lecho de púrpura. Cerca del confín marítimo, grandes copos blancos, sobre manchas escarlatas, fingían hecatombes de osos polares. El océano copiaba en su tersura blanda, amortiguándolas y confundiéndolas, todas estas transmutaciones de tonos y formas. El lado norte ensombrecía su azul; el oriente era de violeta lánguido, y el pueblo entero envuelto en un vapor rosado, se desplegaba como tras un portentoso lente, con la apariencia de una ciudad fantástica...

Desde el punto donde se hallaba, Mario asistía absorto, con ese especial recogimiento del artista, a todas aquellas magias crepusculares. Y en la necesidad de que alguien compartiera su admiración, paseó la vista en derredor. Allí, muy cerca, en una de las ventanas del chalet, contra cuyo muro él se recostaba, había una mujer, una niña, arrobadora. Estaba lejana a todo, sumergida en un ensueño, persiguiendo con las pupilas una visión vaga, una visión lejana, como fuera del horizonte sensible.

Hipnotizado, recogía Mario los menores detalles de la cabeza de Elena, las curvas más leves de su busto. Y permaneció en su extasis contemplativo hasta la desaparición de ella, brusca disgustada sin duda por la insistencia de aquellos ojos........ Era en el instante en que la noche concluía de borrar las coloraciones del poniente, disipándolas sobre el abismo entenebrecido del cielo. Y Heredia regresó al Bristol, paso a paso, meditabundo, intrigado hondamente por esa belleza. Su alma griega, adoradora de la línea pura, la encontraba intachable. Se preguntaba quién sería; mas no se le ocurrió indagarlo, para evitar bromas y comentarios como los anteriores.

III

Por cinco tardes consecutivas estuvo Mario estacionado junto al chalet. En sus veleidades artísticas estudió pintura, logrando ser un acuarelista pasable. Y se trasladaba a la colina, provisto de los útiles pictóricos necesarios, para explicar su permanencia allí a cualquiera curiosidad importuna....y aun a la suya propia, pues le habría sido difícil darse una respuesta satisfactoria, al interrogarse él mismo acerca de sus visitas. En verdad ¿qué se proponía? La joven, aunque infaltable a la ventana, parecía extraña a la presencia del improvisado pintor. Tan sólo, la segunda tarde, dió indicios de advertirle: le miró un minuto fijamente, con algo como sorpresa cavilosa. Después, si por casualidad se abatía sobre Mario el resplandor fugitivo de sus ojos, nada leía en ellos, eran impenetrables. Y él llevaba ha hechas cuatro acuarelas, mediocres, se lo confesaba, y aquel paisaje, ya demasiado monótono, en adelante no le proporcionaría sino peores temas e inferiores cuadros.

—"Es preciso que le hable" —se dijo resuelto, camino de regreso.

Pero ¿cómo abordarla? Allí las etiquetas mundanas, era cierto se modificaban en mucho; imperaba una modalidad llena de franqueza, familiar, propicia a las amistades súbitas. Pero esa franqueza se contenía dentro de la más perfecta cultura, cuyo límite nadie osaba traspasar; y habría procedido de manera incorrecta, grosera, dirigiéndole la palabra a una niña desconocida. Además, era muy raro no verla nunca en ninguno de los puntos de reunión de las familias veraneantes; y sus vestidos claros demostraban bien que no estaba de luto. Entonces se trataba de una extranjera advenediza o de una criolla de nacimiento plebeyo? En cualquiera de los casos el asunto se hacía escabroso para un amor serio, formal, como debía ser el suyo, por su educación, sus tradiciones de sangre y lo severo de la sociedad en que actuaba . . . .

—" ¡Bah! —exclamó al fin, cansado de aquel vano soliloqueo, —lo indicado, lo racional, es averiguar quién es."

Y agregó en seguida, arrepentido, sin saber por qué, tal razonamiento:

—"Sin embargo, jamás realidad alguna ha podido igualar a la quimera que reemplaza. . ."

A la sazón entraba en su cuarto: decidió comer en él para evitarse la ida al comedor y la subsiguiente demora fuera. La noche se anunciaba tormentosa, y quiso aprovechar sus primeras horas, escribiendo algo. Sentía en los nervios esa actividad fluida, anunciadora de la gestación cerebral. En todo el tiempo de su permanencia en el balneario, no había tomado la pluma; las letras le hormigueaban en los dedos, y en su mente burbujeaban las ideas, con el ansia de la forma. . . . . . En ese instante, un trueno tableteó a lo lejos.

—"Vendría bien la lluvia" — pensó Mario, abriendo de par en par la ventana de su cuarto [illegible]

El día fué singularmente bochornoso. Hacía la tarde espesas

día, en derroches de luz. El mundo despertaba rejuvenecido por aquella ducha abundante, por aquel masaje de viento; y gérmenes y savias, seres y cosas, latían con júbilo, como en una transfusión de fuerza nueva, de vida sana, para unirse acordes a las aleluyas del universo. . . . .

Mario almorzó con apetito, disponiéndose luego a concurrir al salón, al olvidado círculo de jóvenes y de niñas, cuyo abandono se censuraba. Por unas bromas inocentes, sin consecuencia, pues con la vuelta a la ciudad todo terminaba, de sí mismo, ante el cambio de costumbres! Tenía que reconocer su tontería, agravada por sus idealidades vespertinas......¿Primorosa? Indiscutible. ¿Una verdadera belleza? Tal vez. Pero en el cosmopolitismo bonaerense cundían tipos análogos, productos del cruzamiento de las razas, y nunca se le ocurrió enamorarse allá de alguno. Si, estuvo ridículo: era preciso retornar a sus antiguos hábitos, rehacer su interrumpida existencia.

Y pensando esto, finalizó de almorzar. Después, previo un cigarro en la terraza, entró en el salón.

IV

Para Elena la presencia de Mario, el primer día, cerca del chalet fué desagradable. Estaba ya harta de aquellas curiosidades masculinas trocadas luego en indiferencia humillante, o en compasión impertinente. Una más no hizo sino aumentar su enojo cimentado por su antipatía instintiva a ese sexo, libre y fuerte. Su conocimiento práctico de los hombres era casi nulo: médicos y viejos parientes. No había tratado a ningún joven, y sus aprendizajes teóricos, tanto en los estudios de historia como en las lecturas imaginativas, le descubrieron en el hombre —al través de las ponderadas generosidades varoniles— a un ser esencialmente egoísta, de usuras feroces con la mujer. Y por eso alejó de la ventana la silla rodante, su medio obligado de locomoción.

La vuelta de Mario, por segunda vez, le produjo asombro y perplejidad. ¿Ignoraría aun su miseria física? ... Mas la tercera tarde sus

dudas se desvanecieron: imposible que no hubiera averiguado ya quién era. Luego, si él conocía su invalidez, esa especie de comunión híbrida, de vida y muerte. ¿a qué obedecían sus visitas? ¿Qué sentimiento, enigmático para ella, guiaba aquella admiración muda, aquel entusiasmo respetuoso, patentizados en los ojos, en los actos, en todo él? Su distinción veíase en su porte; su inteligencia se adivinaba en el fulgor interno reflejado en su fisonomía. Y poseía aún algo más: alma artista, pues era notoria la unción con que, minutos tras minutos, tarde por tarde, se dedicaba a reproducir en sus cartones las vistas circundantes..... Y con la vehemencia de los temperamentos, reconcentrados, con la abnegación de las almas doloridas, se entregó a aquella simpatía.

En su yo moral brotaba un sentimiento nuevo, ligándola por vez primera, sin martirio, a la existencia. Su naturaleza latente de mujer, sus intuiciones sensitivas de virgen, retenidas en estado nebuloso por el fracaso a medias de su cuerpo, al toque de aquel sentimiento —confuso todavía y cuya índole exacta no podía analizar— se cristalizaban, llenándole el alma de cosas nobles, de conceptos justicieros sobre las fases buenas de lo creado. Especialmente, fue optimista para todo lo de Mario. Y ella, cuya habilidad artística sobresalía en dibujo y pintura, encontraba magistrales las acuarelas de él, examinadas a hurtadillas, con unos lentes de teatro.

¿Quién era? ¿Cómo se llamaba? ¿Cuánto tiempo permanecería en las playas? Cuáles eran sus relaciones, su género de vida? ¿Cuáles sus ideas, sus gustos, sus predilecciones? ¡Le habría complacido tanto enterarse de la personalidad de ese inesperado amigo, de actitud tan distinta á la de los otros, que no le rozaba ásperamente su delicadeza nerviosa, que observaba siempre una conducta llena de benevolencia, en su elocuente mutismo! ...

Y en el corazón de Elena, ávido de afectos, hubo para Mario gratitud inmensa.

Unicamente le perturbaba este florecimiento espiritual, el dolor de la médula, desaparecido en el balneario. Su reaparición coincidía,

inexplicable, con las visitas de Heredia. Y los accesos eran continuos, bien que no violentos. Pero en la mañana del quinto día, recrudecieron, aunados con inusitada agitación interna. Después del meridiano, en el avance de la tarde, el malestar aumentó, y la punzada tuvo abrumadora rudeza. No obstante, en un esfuerzo supremo, antepuso la voluntad a lo agudo de la dolencia, y no faltó en la ventana a la hora de costumbre. Allí la contempló Mario, adorable siempre, en su impenetrabilidad de esfingie..... Y al retirarse ese iluminador de sus sombras, el comprimido mal estalló mas terrible, y sólo a la segunda inyección pudo su cuerpo anestesiarse y su cerebro dormir pesadamente, mientras la tormenta surgía, actuaba y se perdía en el infinito.

Despertó con el sol próximo al cenit. Experimentaba general alivio y un cansancio benéfico la sumía en la beatitud de las inercias mentales. La concordia de los elementos en aquel día luminoso la impregnaba de dulzura, de languidez consoladora; no quiso ocuparse en labor alguna, y dejó a su madre distraerle las horas con la lectura de los diarios. Así aguardó el descenso del astro a la gran parábola del occidente..............

V

En el salón de conciertos, vasto y simple, –cuyos muros blancos los rayaba de rojo la doble fila de sofaes y sillas,– en el fondo, junto al piano, al pie de un escenario pequeño, estrado de la orquesta estaba el inmutable grupo de solteros y solteras del Bristol. Entre ellas, la prometida del ausente. Aparte, las mamás miraban. En un sofá, una pareja de novios se aburría en silencio. Lejos, tres casadas jóvenes, formando también grupo, conversaban.........

– ¡Felices los ojos que lo ven! – prorrumpió una de las muchacha, al acercarse Heredia.

—Si son realmente felices, un millón de gracias— les contestó éste sonriendo.

—Suprima el millón y deje las gracias— dijo la del lado, una chicuela vivaz y bonita.

—Suprimir el millón, ustedes, farsantes, si no quieren otra cosa! — gritó de enfrente la voz agauchada de uno que pasaba por gracioso.

Mario se volvió rápido para responder; pero ya las niñas se adelantaban, exclamando a una, alegremente:

—No ha oído y habla! ...... Maestro Ciruela! ...... Si creerá que estamos a la moda!

Y comprendió Mario que aquella, al parecer insolencia, era un rasgo de esprit: que sería candidez de su parte no reir, y rió también, como buen muchacho que goza con las agudezas de otro..... Su compañera de colocación, ya en diálogo concreto, le preguntó:

—¿Y dónde se mete el misántropo, si no es indiscreción saberlo?

—Se mete: en la arena hasta los tobillos, en el mar hasta el cuello, en un cuarto donde hay una cama para dormir, en un comedor, donde se come, y se mete a charlar ahora con muchachas muy lindas; pero metiéndose en tantas partes, nunca se mete en las vidas ajenas........

—Poco amable el final— exclamó su interlocutora.

—No hago sino repetir lo que ese supuesto misántropo me ha soplado, y el cual nada tiene que ver conmigo........

—Bueno, pues, como yo sí me meto en la vida ajena, le diré

que todas las tardes lo ven junto al chalet de la señora Mercedes García..........

-Mercedes García. . . .¿la viuda de Gutiérrez? ¡Ah! ¿ese chalet es de ella? . . . . Efectivamente, pinto a menudo en aquel paraje, y creo que, sin provecho alguno, empiezo a recordar mis aficiones de acuarelista. . . . .

Las últimas palabras fueron arrebatadas por el 5o. vals Boston, que llenó la sala. Algunas parejas se levantaron, enlazándose en los giros del baile.

-¿Sabes de quién es ese valse? -le preguntó su vecina a Heredia.

-¿No es de Ramenti?

-¿Y sabe que Ramenti no es un nombre, y significa mentira?

-No sabía; ahora lo sé. . . pero no entiendo . . . . .

-Porque no quiere: son del mismo autor las acuarelas de hace poco. . . . . .

-Y la verdad- dijo interviniendo desde su sitio la novia del amigo ausente, con cierta expresión de malicia burlona en los ojos, - es que usted festeja á Elena Gutiérrez, la tullida!

-La verdad de todo -replicó Mario sin turbarse, y levantándose -es que me caigo de sueño, y voy á dormir la siesta. . . . si ustedes me lo permiten.

Y haciendo un saludo general se separó de la reunión, pronta ya a disolverse con la ida de la orquesta

VI

Desde que Mario oyo el nombre de la viuda de Gutiérrez, su memoria no descansaba: la intencionada broma final le hizo comple-

ta luz. Su madre más de una vez, le habló de una amiga de la infancia y del colegio, a quién cesó de ver en las separaciones naturales de los viajes, del matrimonio, de las diversas y variables relaciones de las grandes sociedades. Esa amiga tenía una hija, única, tullida. Era pues, la misma, la que tanto le entusiasmara durante cinco días, Y resolvió, ya en el letargo invasor de la siesta, concluír con aquel extravagante idilio. ¿Cómo entonces, dos horas más tarde se hallaba al pie de la ventana de Elena? ......

-¿Es a Elena Gutiérrez a quien tengo el gusto de hablar? Soy Mario de Heredia, y creo haber oído en más de una ocasión hacer referencias de usted a mi madre, vieja amiga de la suya¡

Una voz salió del cuarto, haciendo volver los ojos de la niña.

- ¡El hijo de Rosario! ....¿Cómo lo había de conocer?

Y un rostro coronado de nieve asomó por el claro:

-Entre: es usted el bienvenido. Ya hoy no se toma mate, como en los tiempos en que Rosario y yo nos robábamos la yerba para tomarlo lejos de nuestros mayores: le ofrezco el té de las cinco.

Mario entró, pareciéndole al hallarse entre ambas, que hasta un viejo retrato pendiente del muro le saludaba afable. La señora dijo, viendo sus miradas.

-Es papá: bastantes retos recibió de él Rosario, que era diabólica y traviesa.

Y el joven se inclinó ante el cuadro, con una sonrisa, provocando así la agradecida de la hija y la indefinible de la nieta. Un sirviente apareció con el servicio del té, y lo puso al alcance de Elena. Esta preparó las tazas y presentó una a Mario:

-He aquí- le dijo, saliendo de su mutismo -el hidromiel de la hospitalidad.....

-Lamento no ser un héroe nibelungo para hacerle honor -contestó Heredia, acariciado armoniosamente por aquella voz pectoral.

-Pero es un artista, que hace acuarelas muy lindas y que, sobre· todo, ha escrito un precioso libro. . Sí, precioso; pero también muy triste. No parece sino que fuera usted el enamorado de la muerte. Bajo la riqueza de su forma, llena de vida, en su libro hay siempre algo que muere: -a veces un sér; a veces una ilusión, una esperanza, un sentimiento; a veces hasta el mismo recuerdo. . . . . .

-Veo que he tenido siquiera una lectora inteligente. . . tan inteligente como hermosa. . . . . .

- ¡Oh! sí. . . . . una Venus -le interrumpió la niña.

Y el semblante se le cubrió de sombra. Mario no supo salir del paso, sino con una frase torpe.

-¿Va usted a menudo a la playa? . . . . .

Y Elena entonces -entre la inquietud dolorosa de la madre, y la confusión del joven por su nueva tontería- exclamó jovialmente:

-No, no voy á ninguna parte: las cosas vienen a mí. Sólo cuando son muy grandes me gusta verlas a distancia: por ejemplo, el cielo y el mar. . . . . .

La charla continuó hasta el crepúsculo. Y el nuevo amigo despidióse, aceptando la invitación diaria para el té de la tarde, hecha por la señora de Gutiérrez, contenta de la inusitada animación de su hija.

En tanto, Mario se encaminaba al Anexo, pensativo.

- ¡Encantadora criatura! - se decía, poniéndose el traje nocturno- Y pensar que su alma de elección, excepcional en la mujer, la deforma, la incapacita, la anula . . . . ¿qué? Nada y mucho. Ese rostro puro y ese busto impecable son un imposible para la materia tiránica. ¡Pobre niña! El destino ha tenido, al crearla, una fantasía infernal. . . . . Pero, con todo, su trato será siempre mejor que el de las otras; dejaré de oir hablar de noviazgos, de festejos, de qué sé yo cuantas frivolidades, y haré de su casa un refugio para mi fastidio, mientras llega el momento de ir a fastidiarme en la ciudad . . . . por muy corto tiempo, afortunadamente. . . . .

VII

Fueron doce días únicos, abiertos, como un luminoso paréntesis, en la eterna tristeza del vivir de Elena. Aquel té, preparado por ella con delicia, tenía la virtud de un filtro mágico. Sus ojos, sus labios, todo su semblante irradiaba claridades risueñas. Y se dejaba mecer blandamente, en secreto, por aquel bienestar dulcísimo, que la envolvía y la penetraba, despertándole de su largo sueño, sentimientos, sensaciones y anhelos jamás imaginados.

Mario no la había conocido antes, y no sospechaba siquiera que su presencia era la causa de tal transformación. Así, estimulaba con su asiduidad lo que inconsciente para ambos infundía, formidable de magnitud, en aquella alma. Y a diario acudía allí, saboreando el placer exquisito de encontrar un temperamento gemelo, donde sus ideas, sus imaginaciones, sus conceptos, sus refinamientos, tenían siempre repercusión simpática, y regresaban a él, asentidos, modificados o discutidos, como el eco de su pensamiento, como la dualidad de su propio espíritu.

En su segunda visita, se fijó en un estante-biblioteca, arrinconado en un ángulo de la pieza.

-A ver - dijo acercándose: - quiero conocer sus gustos.

Y mientras él recorría los volúmenes, Elena miraba. Aquel hombre, joven y apuesto, era el mismo de quien más de una vez, leyéndole, pensó: "he aquí a uno a quién desearía tratar". . . . Y era doble su regocijo ahora, al ver en ese uno, a dos desconocidos que la impresionaron agradablemente.

- ¡Pero si tropiezo con muchos amigos! -exclamó Mario - ¿Lee usted estas cosas sin temor de envenenarse?

-¿Que no son las lecturas permitidas a una niña? - le dijo la enferma, adivinando lo que el joven no se atrevía á expresar. Convenido; pero convengamos también que yo puedo leer todo: nada me enseñará lo que nunca comprenderé; nada ha de entristecerme tanto

como mi propia vida. Si, puedo leer todo - agregó dulcificando la frase con una sonrisa - hasta su libro, que hacer adorar la muerte.

Y desde ese día, Mario evitó cuidadosamente cualquier tema de de conversación que trajera a ella reminiscencia de su estado. Esta esgrima del cerebro, por la cual se notaba bueno, le enaltecía consigo mismo. Elena lo adivinaba, con la finura de penetración del infortunio, y su gratitud se robustecía, se agigantaba, germinando en su corazón algo inaccesible a su raciocinio, pero que, por el momento, la beatificaba deliciosamente. Las visitas de Mario tenían la eficacia de un ungüento milagroso: le curaban las ulceraciones del alma, narcotizándole la conciencia de su desdicha corporal. . . . La punzada no era ya sino vago recuerdo: la morfina estaba olvidada, y su contento tenía duración uniforme.

Pero sólo la manifestación de su afecto amistoso se traslucía para Heredia en los modales de Elena. Ni podía juzgarlos de manera distinta. ¿Cómo ocurrírsele que el trato suyo originara en ella sino un cariño cuando mucho fraternal? Su invalidez -como la acción constante de la realidad sobre lo deleznable de una quimera - acabó por suprimir a los ojos de él todo lo femenino de ella, y ahora la consideraba tan sólo como una compañera espiritual en sus orales correrías artísticas, como una auditora comprensiva de sus disquisiciones estéticas. En consecuencia, una tarde, la duodécima de su entrada en el chalet, le dijo ingenuamente:

-Acabo de recibir un telegrama de papá, en que me llama a Buenos Aires. No hay ninguna novedad en la familia; son asuntos de la estancia. Además, la temporada termina; en el Bristol la dispersión es general, y supongo que ustedes nos seguirán en breve. Me despido, pues, hasta muy pronto: no tengo nada listo y parto en el tren de esta noche. . . . Espero que en Buenos Aires no me negará este buen té de las cinco -añadió dirigiéndose á la señora de Gutiérrez.

-No. . . .qué ocurrencia! -murmuró Elena maquinalmente, mientras su madre respondía:

-Al contrario, es usted el que va á olvidarnos, con las diversiones de la Capital. Pero si acaso se acuerda de nosotras en sus ratos perdidos, ya sabe que allá nuestra casa es también suya. . . . .

Hizo encargos cariñosos para su amiga de infancia; y el joven se alejó con tristeza de aquellos sitios hospitalarios.

VIII

-Heredia tiene razón, mamá -exclamó Elena, rompiendo el silencio que siguió a la despedida de Mario; -es tiempo de regresar.

-Cuando gustes, hijita: ¿quieres a fin de esta semana? . . .

La noche fué larga y sin sueño. Legiones de pensamientos cruzaban por el cerebro de la tullida, rechazándose o uniéndose en continuo vaivén. Pugnaba por disiparlos con reflexiones justas, y, a pesar de todo, a despecho de su voluntad, la acometían de nuevo . . . ¿Por qué afligirse ante aquella ausencia? ¿No debía al cabo suceder eso? ¿Podía acaso pretender que se eternizaran sus visitas, haciéndole parte integrante de su vida miserable? . . . Más estas consideraciones nada lograban contra el oleaje confuso de su mente; tan confuso, que eran percepciones sin forma, sentimientos imprecisos, en los cuales sólo había una idea clara, una idea lacerante: la convicción de no volver ya a verle todas las tardes. Y esta certidumbre le oprimía el corazón con tenacidad sorda, con suavidad perversa, como si una mano delicada se lo apretara lenta, felinamente. . . Pero no quiso inyectarse morfina; le había prometido a él no usarla sino en los ataques agudos de la médula; y resistió heroica el malestar del insomnio.

El alba se insinuaba ya en el cuarto cuando consiguió dormirse, abatida por el mismo desvelo. . . La punzada, la punzada violenta, desgarrante, enloquecedora, la despertó tres horas después. El dolor era tal, que la institutriz compareció asustada, por la manera como sonaba la campanilla eléctrica.

-La morfina! -fué todo lo que pudo sollozar la enferma, con la faz convulsa y los ojos delirantes.

El frasco estaba vacío desde hacía varios días; hubo que preparar una porción completa.

-¿Cuántos? . . . ¿dos? -preguntó la inglesa.

-No, son pocos. . . tres, cuatro. . . los que quiera -contestó Elena,

cuyos miembros sanos, sobre la rigidez de las piernas, se retorcían en el paroxismo del tormento.

La institutriz pesó escrupulosamente la morfina, a razón de tres centígramos por cada gramo de agua. La solución quedó hecha; el frasco lleno. En seguida le aplicó la inyección, y el efecto fue inmediato: Elena sintió que aquella mordedura horrible iba debilitándose, languideciendo, evaporándose por grados; la exasperada tirantez de sus nervios se aflojó, y toda ella, al minuto, caía bajo la insensibilidad reparadora del sueño.

Salió de su letargo al comenzar el crepúsculo. La punzada era opaca; sus pensamientos perezosos, y una laxitud profunda la embargaba. En ese estado duró aún media hora, hasta sacudir las últimas brumas del narcótico. Entonces su mente dedicóse a elaboraciones melancólicas.

Lo imprevisto la había sorprendido, en medio de la paz de aquellas horas, ya por siempre idas. No le restaba de su bienestar extinto, sino la sensación de una gran silencio, formado de súbito en torno de ella, de una soledad honda, como un mar de aguas pálidas. Su primer brote de contento, de esperanza, de ternura, no alcanzaba todavía su pleno desarrollo, cuando ya una helada prematura se tendía sobre él, para secarlo y destruirlo y anonadarlo; y en adelante el curso inexorable de sus días sería más doloroso, al recuerdo de ese pasado fugaz, de esa dicha avarienta, que le dejaba para la desesperanza de su futuro, sólo promesas dudosas y presentimientos tristes. Y en el fondo de su cerebro, muy recóndito, se condensaba un obscuro impulso, de deseo nebuloso, todabía fuera de las nociones pensantes, pero ya dotado, al parecer, de fuerza irreducible. . . . . .

Después de la comida, se sintió mejor; el espíritu recuperó su equilibrio, y se amortiguaron sus meditaciones desoladas. Se hizo trasladar al lecho, y escuchó por un rato el ritmo nasal del acento de la institutriz, en la lectura de un poema de Tennyson. Cuando terminó y la dejó sola, se puso a hojear los diarios llegados por la tarde. Buscó la sección social de uno; luego, el fin de ésta, en donde se consignaba el movimiento veraniego, y leyó. En la quinta noticia se detuvo y repitió su lectura. . . . Fué apenas un ligero frío en la espi-

na dorsal; y permaneció quieta, mirando sin ver el diario abierto, mientras sus labios murmuraban, cual si no supieran decir otra cosa:

-Ah! . . . se va para Europa! . . . .

(La noticia daba, como inmediatos, el regreso de Mario a la capital, esa mañana, y su partida a París, proyectada por él para la primavera, ocho meses más tarde)

Al estupor brusco de todo su organismo, pasado un lapso de minutos, la reacción sucedió pasiva y sombría. Una vergüenza de sí misma le anegaba el alma, humillándosela. Sentíase como bajo el peso aplastante de un insulto; de un insulto contra el cual no tenía ni siquiera el derecho de la protesta. Todas las visitas de Mario, todas sus demostraciones afectuosas -oh! ella no pretendía que excedieran de la amistad! -esos diálogos encantadores, en fin, no fueron sino un producto egoísta de el, un juego caprichoso de su fantasía; y en lo íntimo debía de creerla un pobre ser sólo objeto de lástima, un harapo de humanidad, cuando nada le dijo de aquel viaje, cuando la juzgó indigna de asociarla a sus proyectos privados. ¿Qué era, pues, en rigor ella, si ni de él mereció un poco de aprecio, una migaja de cariño? Y juzgándose con severidad desgarradora, se tuvo asco horrible. . ..

A este tiempo, una onda de claridad blanca inundó el cuarto. Había transcurrido la noche, y un nuevo día alboreaba para su martirio. ¿Cuántos más le tendría señalado el destino? Miró el frasco de la morfina. Estaba sobre la mesa de noche, al lado del estuche de la jeringuilla, y ambos se perfilaban netos en el crecimiento de la mañana. Con cinco o seis inyecciones de aquella fuerte solución todo concluía! . . . . . . Estiró el brazo, y tomó el estuche, mientras con la mano libre se desnudaba el pecho, cuyos níveos relieves se esmaltaron en la luz. Destapó el frasco; abrió la cajita. . . Más no pudo continuar en su designio: un poder superior se adueñó de pronto de su voluntad, paralizándosela. . . . . ¿Morir? . . .¿Tenía acaso derecho a esas rebeldías, ella, despojo despreciable de carne enferma? . . . .

Y dejó caer el brazo pesadamente fuera de la cama, abrumada toda por un desfallecimiento infinito.

EN EL GUAYAS

A José Luis Cantillo

EN EL GUAYAS

Fue una sorpresa aquel despertar, anticipado por los ritmos sonantes de una música de banda. Me hallaba a bordo del Imperial, frente a la isla de San Pedro, en la entrada del Guayas, el gran rio ecuatoriano. Amanecía. La tarde anterior pasamos cerca de la "Isla del Muerto", y en verdad, el peñasco, bajo las brumas crepusculares, daba la impresión de un cadáver de cíclope, inmovilizado sobre la movilidad de las olas. A las ocho fondeamos en la desembocadura del río, y se aguardaba el día para proseguir el viaje, por entre la multitud de bancos arenosos, con rumbo a Guayaquil, distante aún siete horas. Nos rodeaba una tierra desierta y montañosa. ¿De dónde brotaba aquella música?

La respuesta la obtuve en seguida: alguien llamó a la puerta del camarote, y la lámpara eléctrica recortó luego, dentro del marco, la figura morena del coronel Alfaro, hermano del Presidente del Ecuador, y alto magistrado él también. "Los amigos -me dijo- han venido a buscarme en un vaporcito: si quiere evitarse las incomodidades de de la Aduana, venga con nosotros". Agradecí la invitación, sin aceptarla. No estaba mi espíritu propicio para ese arribo bullicioso a la ciudad extranjera. Dejaba atrás la patria, bruscamente abandonada; dejaba el hogar, que mis ojos no volverían a ver - el hogar con todas sus tradiciones seculares, - y en él a la madre y al padre, nevados de años, abatidos en sus lechos de enfermos, próximos, muy próximos ya al desligamiento de la vida. Y allá quedaba, perdurando en las fisonomías y las cosas, la infancia con sus inconciencias felices, con sus juegos y alegrías; quedaba la primera juventud, con sus entusiasmos, sus revelaciones y sus sueños, con sus emociones y sus goces. . . . El pasado triste; el futuro opresoramente misterioso. . . . No, no estaba mi espíritu para esa llegada al país desconocido, entre músicas, y brindis y vítores, vibrantes ahora en una sola ráfaga. . . . El coronel debía de encontrarse ya entre los suyos.

El vapor navegaba sobre el estuario cuando subí a cubierta. La mañana era lluviosa y opaca. La temperatura, fuertemente cálida. Una enorme nube plomiza, desde la curva del este, se extendía hasta más acá de la mitad del cielo, dejando sólo limpio el norte y el extremo oeste. Bajo ella, el sol ni siquiera se adivinaba. La lluvia caía menuda, compacta, y, en bruma acuosa, les quitaba a los objetos lejanos su aspecto real, esbozándolos con vaguedades fantásticas. Así, la cordillera andina, en el fondo del horizonte -y en la región donde con más poderío yergue su pesado engranaje de montes y volcanes -se hacía leve como una ficción de celajes. A la izquierda, a cien metros, muy corto, muy ancho, iba el vapor fluvial. En su cubierta se agitaban, en muchedumbre apiñada, los amigos del coronel Alfaro, con el abigarramiento de sus trajes militares. Dos bandas en el entrepuente, tocaban, turnándose; y valses y aires marciales sucedíanse sin interrupción. A ratos, perforaba la onda melódica el estampido de un taponazo. Detrás del vaporcito se dilataba la ría, incierto su límite tras el velo pluvioso; y cerca de la margen derecha, rozando las ramas con el casco, el Imperial marchaba. Su proa fina hendía la corriente, y al rasgarse el agua, se encrespaba en olas espumantes. En la cubierta, protegidos de la lluvia por el toldo de proa, algunos pasajeros contemplaban el paisaje. Entre ellos, una linda niña canadiense, en la adolescencia, abría sus pupilas azules ante la extraordinaria exhuberancia de aquella naturaleza. Las tonalidades verdes del follaje se amortiguaban en el gris de la mañana, adquiriendo uniformidad aterciopelada; y el enmarañamiento de los bosques desfilaban sin término, en una sola, impenetrable masa obscura. Canoas y pequeñas goletas, con el velamen desplegado, aparecían, se aproximaban y desaparecían fugaces por la popa del barco. De las tupidas redes de juncos levantábanse bandadas de aves, pintando en la atmósfera turbia su estallante policromía. Y la vida vegetal se desbordaba siempre por la orilla, en un empuje violento de savias, en una irresistible marejada de hojas.

Era sin duda aquél un espectáculo maravilloso para el grupo de pasajeros. Todos miraban, agrandados los ojos, silenciosamente. Originarios de climas fríos, su primera impresión de las selvas del trópico, en su paso a vuelo de pájaro por el ferrocarril del Istmo, se ahondaba ahora, frente al apogeo de estas germinaciones inauditas. De pronto el panorama entero resplandeció. La lluvia había cesado y la nube que cubría los dos tercios del cielo se partió en

varios fragmentos, dejando libres anchos claros del azul. Desde uno de ellos, el ardiente, el calcinante sol ecuatorial vertía sobre la tierra sus cataratas de fuego. Los horizontes retrocedieron. La orilla izquierda del Guayas se precisó a la vista, en su lejanía cerúlea. La de la derecha, casi en contacto con nuestro barco, surgía con más intenso relieve, detallando los cambiantes de sus verdes, el complicado tejido de sus ramas, el esfuerzo impetuoso de sus copas. La superficie del río espejeaba, y en el oleaje espumoso de la hélice hacía mil hervores diamantinos. Un vuelo de garzas nevó en el aire los copos de sus plumas. A distancia, la ciudad se acusaba, todavía informe, en una mancha blanca; y sobre el fondo cristalino del cielo, los Andes, superponiéndose en monstruosas graderías, lanzaban al infinito sus moles. En medio de ellas, más alto, lleno de soberanía en su blancura inviolada, el Chimborazo, a centenares de kilómetros, se destacaba contra la parábola celeste como una pirámide de plata. . . . Al mismo tiempo las dos bandas de música del vaporcito, siempre paralelo al nuestro, rompieron en un himno, cual si con él celebrasen el advenimiento del astro, el gran purificador de aquellas zonas. En la cubierta del Imperial, el grupo de pasajeros se dispersó para admirar, cada uno por su lado, lo que más le atraía del mágico paisaje; y la niña canadiense, en el extremo de la proa, quedó solitaria, bajo el baño de luz, siendo así, en su hermoso tipo rubio, como el complemento armónico de aquel triunfo solar.

Las primeras cosas del suburbio de Guayaquil aparecieron a mediodía, envueltos en una atmósfera de lluvia, más fina y compacta que la precedente. El sol tuvo un reinado efímero; los fragmentos de nubes, como rollos de telas, se desdoblaron, se ensancharon, se juntaron, soldáronse, y fueron ya una inmensa techumbre de zinc, extendida hasta los confines del cielo. En aquel ambiente, la visión de la ciudad era penosa. Desde el vapor, en el desfile asimétrico de la edificación suburbial, veíanse lagunas y pantanos, reemplazando a las calles: algunos habitantes cruzaban el fango sobre puentecitos de madera. Después emergió la Avenida Olmedo, semejante al lecho limoso de un río. Luego, el comienzo del malecón. En seguida, todo él, con su muchedumbre circulante, desdeñosa de la lluvia, con su mercado al aire libre, y con su vasta línea de casas, tatuadas de avisos y rótulos comerciales, en frente de otra línea, no menos vasta, de canoas, de goletas, de veleros grandes y vapores pequeños, atracados a la orilla. . . Habíamos llegado.

Allí concluía mi viaje y comenzaba lo desconocido. ¿Lo desconocido alegre? ¿Lo desconocido triste? Con la vista recorría la extensa fila de casas todas de madera, como las restantes, de arquitectura singular -cavadas en su parte inferior por anchos portales de columnas, y la superior, sin balcones, ostentando en el muro salientes puertas de cuadros levadizos con persianas giratorias- producían en mi espíritu la secreta angustia que inspiran las fisonomías y los paisajes nuevos, cuya impenetrabilidad tiene siempre algo de hostil. Y nunca como entonces, en que la tierra propia, el hogar, los amigos de todas las horas, pertenecían a un pasado de sólo cuatro días, fue tan intensa mi sensación de soledad y de expatriamiento. . . Un abrazo, estrechándome cariñoso, destruyó aquel primer brote de nostalgia. El compañero de la niñez, casi hermano, esta a mi lado y me daba en su abrazo la bienvenida. Caso raro el de aquélla amistad: nacida entre dos familias, en la época de la Colonia, venía trasmitiéndose de padres a hijos, al través de cuatro generaciones, con afecto cada vez más íntimo. Y sus dos representantes menores, tras una separación de meses, reencontrábanse, lejos ya de sus casas, en país extranjero, para después volver a separarse, radicado el uno allí, fundador de una nueva familia, lanzado el otro a los azares de una peregrinación más larga, llena de desgastes físicos y desalientos morales.

-En el salón - me dijo -te aguardan algunos amigos.

Era una media docena de muchachos, de fisonomías francas y palabra amable, el grupo más brillante de la juventud intelectual del Guayas. Entre ellos, el rostro pálido, delicado, soñador, con grandes pupilas, como de fiebre, de Emilio Gallegos del Campo, y el rostro rubio, róseo, gesticulante, un tanto irónico, de Alberto Arias Sánchez, cuya muerte en Valparaíso,hace poco, en su puesto consular, ha sido sonora por su trágico misterio. . . . En tierra, mis conocidos recientes me abreviaron el paso por la Aduana y me facilitaron la instalación en el hotel. La impresión penosa que desde el vapor causaba la ciudad en su conjunto, crecía al recorrer sus calles, recubiertas de agua y lodo, bajo aquellos portales, en donde el día nubloso derramaba melancolía de crepúsculo. Ningún carro, ningún coche transitaban sobre la blandura líquida del suelo. Tan sólo los tranvías, arrastrados por bestias desfallecientes, circulaban lentos, salpicando barro. Y sin embargo, el vaivén humano a pie era numeroso, y por

él se conocía que se estaba en una población de labor y riqueza. En ocasiones como para atenuar la penetrante congoja del aire, alzábase un cuadro de persianas y asomaba una cabeza femenina, cuyos ojos, rivales por hermosos de los limeños, nos atisbaban curiosamente. . . . La tarde moría. El parque Seminario nos ofreció cortos momentos sus adornos estatuarios y sus esplendores florales; y regresamos al hotel, apremiados por el tiempo, convertido en aguacero diluviante. Uno de los amigos me dijo, adivinando quizás mis pensamientos:

-Llega usted en la peor época del año: el último mes de la estación lluviosa. Ya verá dentro de unas semanas qué distinto es todo.

En efecto, en su primavera de nueve meses -nueve meses sin lluvias, con cielo siempre puro, piso siempre seco y brisas siempre frescas, con sol regenerante y noches de luna incomparables -la ciudad resurgió a mis ojos como transformada por un benéfico conjuro. Y sus hogares, conservadores también de nobles tradiciones, tuvieron para el peregrino cariños hospitalarios; y los amigos de la llegada, y los de mayor edad, conducidos en los días siguientes a mi cuarto del hotel por eficaces recomendaciones, fueron los que más tarde rodearon el lecho del moribundo -mi padre- en su viaje, ya interrumpido, a la capital peruana; los que llevaron su cuerpo al reposo definitivo; los que dieron consuelo al duelo de la hija. . . Ausente estaba yo entonces, muy lejos, iniciando en la capital enorme -hoy para mi segunda y más generosa patria - un rudo aprendizaje de la vida. Ausente estaba; pero los nombres de esos que así acogieron y dulcificaron la agonía del anciano y la desolación de la joven, los guarda, sagrados, mi recuerdo. . . . . .

UN BESO

A Alfredo de Arteaga.

UN BESO

Los pasajeros abandonaron el comedor, y quedamos en la sala del Chile, los cuatro amigos de la misma mesa, siguiendo, entre las aspiraciones del humo de los cigarros y los sorbos del café, nuestra charla, mecida cadenciosamente por los tumbos suaves del barco. En el salón contiguo, Alicia, la linda limeña -cuya vivacidad adorable, en la gracia ingenua de sus diez y ocho años, alegraba la monotonía del viaje -tocaba en el piano un lie de Mendelssohn.

Estábamos a la altura de Arica. Al través de las ventanas aparecía, distante, el puerto cautivo. Su cacerío se apiñaba sobre la cordillera costeña, cuya absoluta aridez, desde el comienzo del litoral peruano, se rompía ahora con frescos cuadros de verdura. Del otro lado, la vista dilatábase por la planicie marina, de trepidaciones lentas y largas, sobre la cual un sol gozoso, en el cenit, dardeaba su luz rubia. En los flancos del vapor, el manso oleaje de la rada tenía sonoridades dulces.

Y como se hablara de las mujeres de Lima, Antonio, el joven santiaguino, que venía de concluír en un colegio de New-York sus estudios de ingeniero electricista, exclamó:

-Sí, convengo en que son encantadoras; pero pierden mucho cuando se las compara con las norteamericanas. . . A pesar de mi profesión no soy, en lo general, partidiario de ese buen país yanquee. Me abruman -a mí, latino por esencia -sus maquinarias, sus puentes, sus edificios, sus diarios, sus réclames, todas sus creaciones enormes y desproporcionadas: ellas evidencian un don especial para lo inarmónico, para lo inartístico. Pero, en cambio, poseen algo encantador, algo de que guarda mi espíritu un recuerdo imborrable. ¡Ah, sus mujeres! . . . He besado más bocas virginales que rayos luminosos está derramando el sol en el mar. En este ejercicio adquirí conocimientos profundos; y, como des Esseintes en la del perfume, soy un maestro en la complicada ciencia del beso. En ella reside el placer perfecto, por lo mismo que no se llega jamás a la saciedad del go-

ce total, con su corolario de hastío. Y no creo nada tan delicioso como esos flirts -inofensivos farsas amorosas- en que ejecutáis, pianista hábil, músicas exquisitas sobre el teclado vibrante de una boca propicia, roja y aromada cual cereza madura! . . . .

-No estamos de acuerdo, Antonio -dijo don Carlos, diplomático ecuatoriano- Las muchachas norteamericanas, con su educación y sus costumbres, me producen el efecto de las Semivírgenes. ¡Dar los labios al primer conocido con la impúdica facilidad de una cortesana vulgar! Eso será agradable para los galanteadores de oficio; pero es desilusionador para el amante sincero. Eso es la prostitución, la vulgarización del beso, convertido así en un acto tan estúpidamente maquinal como el de darse la mano, puesto que pierde todo el atractivo de lo difícil y prohibido. . . .

-Tiene razón, don Carlos, -dijo Hernández, el emigrado venezolano. -Además, agregó palideciendo, tales besos serían profanadores para quienes saben que los hay mortales.

Y como si hablara consigo mismo, con voz sorda y trémula, en una evocación dolorosa, continúo diciendo:

-Yo amaba a aquella niña con todo el entusiasmo y toda la generosidad de mis veinte y cinco años. La amaba por su belleza aristocrática, por su inocencia absoluta, por su temperamento nervioso, hondamente sensitivo, que la sumergía a menudo en tristezas inconscientes y avasalladoras.

Sobre su existencia en flor, agitaba sus alas tenebrosas una enfermedad trágica: un aneurisma cardíaco. Tarde o temprano, no lo ignoraba, la fulminaría; pero ésto, en lugar de aminorar mi cariño, lo acrecentaba, y hacíame amarla con más ternura, pues, a cada instante, me asaltaba el temor de que, por cualquier conmoción ruda, estallara el terrible mal. .

Una noche, noche del trópico, esplendorosamente serena, suavemente tibia, fragante con todos los perfumes traídos por el viento desde las grandes selvas, quedamos solos los dos en el balcón de su casa. La anciana madre leía en el salón cercano. En lo alto flotaba la luna, solitaria y radiante en el inmenso azul. Lejos, el océano

tenía en sus aguas un tinte de plata. Y en torno nuestro, en las casas vecinas, y abajo, en la calle, dormía la vida.

Mi novia, Elisa, vestía de blanco. Sus cabellos negros, recogidos sobre la cabeza, temblaban al soplo fugitivo de la brisa, circuyéndole la palidez de la frente como un raro nimbo de sombra. Y al resplandor cándido de la luna, bajo el casco azabachado de sus cabellos, en su vestido blanco, ella, tal linda, estaba maravillosa; parecíame colocada allí para una apoteosis.

Nos encontrábamos muy juntos; nuestros hombros se rozaban, nuestras manos se oprimían, y nuestras miradas cruzábanse, cargadas de reflejos húmedos. Fué aquél un momento de embriaguez, de locura, de delirio pasional, en que los labios callaban y las pupilas se decían cosas secretas y divinas. Y repentinamente, sin que ella, fascinada, hiciera resistencia alguna, la atraje, la aprisioné entre mis brazos, y nuestras bocas se confundieron en un beso, el primero, largo, sordo, quemante, supremo! ....

¡Supremo, sí, pero fatal! Porque de pronto la sentí estremecerse violentamente; con un movimiento brusco separó del mío su rostro, lívido, desencajada, y sus ojos, casi fuera de las órbitas, expresaron no sé qué atroz martirio, qué infinita angustia. Luego, un leve soplo surgió de su boca, serenáronse sus facciones. . . gravitó entre mis brazos inerte, pálida, espantosamente rígida como una estatua de mármol! ....

-Esperan a los señores para una partida de poker -dijo un sirviente, asomando su cara afeitada en la ventana.

Los cuatro amigos nos levantábamos pensativos:
Hernández conmovido aún por su narración, los demás perdidos en recuerdos de cariños lejanos, que venían envueltos en brumas de nostalgias. Al salir, una onda más fuerte de música, percutió alegre en nuestros oídos. Alicia atacaba la marcha nupcial de Lohengrin, y Antonio, en quien no perduraba ninguna impersión, me dijo quedo, confidencialmente:

-Es una suerte que ella no haya escuchado a Hernández, porque. . . imagínense que para esta noche, despues de la comida, en nuestro paseo por la cubierta, me tiene prometido un beso! .....

HIPNOTISMO

A Carlos Ibarguren.

HIPNOTISMO

Despúes de la comida, la víspera de nuestra llegada a Valparaíso, el doctor Fowland y yo pasamos al salón de fumar. Estaba desierto. Desde la salida de Coquimbo el mar se puso convulso, y los pasajeros, en su mayoría, no pudiendo soportar el fuerte oleaje, se refugiaron en sus camarotes. El cielo era negro, el viento gemía y azotaba con rudeza el toldo de lona de la cubierta, el barco danzaba sobre las olas con balanceo violento y en sus flancos resonaba incesante el fragor de las espumas. . . . No había, sin embargo, peligro alguno; solo, el malestar físico para los no avezados.

El doctor Fowland estaba aquella noche extraordinariamente nervioso, y, por primera vez en su rostro, siempre impasible, se traslucía un estado de alma. Era alto, lleno de vigor en su delgadez, blanco, pálido, casi exangüe. Y hubiera sido una de esas fisonomías inmóviles, inexpresivas, sin sus ojos; ojos de un verde amarillento, grandes, profundos, de un brillo casi insostenible, cual si dentro encerraran un potente reflector. Producían, en verdad, un extraño contraste esas dos movilidades fulgurantes, en aquel rostro descolorido y frío como el mármol. . . Era médico, y en los Estados Unidos se le consideraba como una eminencia científica. Viajaba sin rumbo, a su capricho, y su hermético retraimiento, en los veinte días de navegación, sólo se quebrantó conmigo, quizás por una de las rarezas de su carácter, de simpatías y antipatías instantáneas.

-Mañana -exclamó- nos despedimos para seguir rutas distintas; y luego, como si no nos hubiéramos conocido. Esta ventaja tienen las amistades que se forman en las travesías por mar o por tierra: a nada obligan. Acercan a dos extraños, unen sus espíritus por unos días, y después les separan sin dejar ningún germen que motive más tarde un recomienzo importuno. . . Va a seguir usted su marcha, con los temores inquietantes de un futuro en lo absoluto ignorado; con las

nostalgias aún frescas de cariños recién perdidos. Yo, ni siquiera llevo en mi peregrinación incierta esos temores y esas nostalgias, envidiables, puesto que son emociones, y emociones hondas. No guardo ya una sola aspiración, ni la del bienestar material, por ser mi fortuna superior a mis gastos. Viajo para cambiar de visiones externas, lo cual es en mí una distracción física, de los ojos. Si ello al fin me hastía, me radicaré en un sitio cualquiera, perpetuamente, con la misma indiferencia con que ahora vagabundeo de clima en clima. . . . .

Hizo una pausa para beber un sorbo de whisky. Luego volvió a decir:

-Usted me ha contado algo de su pasado, y es justa la retribución. Me parecerá que yo, moribundo, se lo narro a un agonizante. . . . Porque la despedida de dos, al final de un viaje, con la seguridad de no verse más, es como si ya, desde sus respectivas tumbas, se dieran el adiós eterno. He aquí, para mí, el principal atractivo de viajar: se va continuamente acompañando amistades difuntas al cementerio, y la tristeza de esto es un sacudimiento benéfico para quienes, como yo, llevan una constante quietud helada en el espíritu. No encontrarse más en la vida es morir, y en esta muerte ficticia hay tanta verdad y tanto olvido como en la real. . . . Por otra parte, hoy hace años del hecho, y quiero conmemorarlo revelándolo . . . . .

Hablaba con su voz de siempre, lenta, de tonalidades sordas; pero estaba más pálido aún y tenía un brillo más fuerte en sus pupilas claras. Así, era el suyo un rostro de anemia total, donde los ojos ardían con el fuego de una fiebre máxima. . . . Afuera, en lo alto, el viento había desgarrado el grueso tapiz de nubes. En los claros del azul las constelaciones temblaban; y la luna, semejante a una hoz de plata, iba camino de occidente, como segando mieses astrales.

Cuando tuve la certeza, -continúo Fowland- de que entre mi esposa y mi secretario (un muchacho de veintitrés años a quien recogí y eduqué desde niño) germinaba una pasión, todavía platónica, pero no por eso menos criminal, principié a elaborar mi proyecto. Ambos eran ya dos traidores: la una al amor, el otro a la gratitud, y a los traidores se les mata. Después sorprendí un beso. . . . nada más que un beso. . . . . pero lo suficiente para proceder, pues el delito ma-

yor sólo dependía ya de la oportunidad. Y evitando la realización consciente de este delito, evitaba la vergüenza final; provocándolo con mi voluntad, sin la de ellos, y juntando al delito el castigo, rehabilitaba mi honor.

Le he leído los experimentos de hipnotismo y sugestión, descriptos por un médico noruego y verificados en París por los profesores de la Salpétriere y de Nancy. Son exactos: yo los venía efectuando hacía tiempo con resultados más sorprendentes. Pero los poseedores en esto de la suprema ciencia son los fakires de la India: ellos dejan en los viajeros la impresión de haber presenciado hechos sobrenaturales. De ahí esas afirmaciones, escritas, de acontecimientos existentes sólo en los cerebros, sometidos por el experimentador a una poderosa influencia hipnótica. Para esos misteriosos taumaturgos del viejo Oriente, es tan fácil el hipnotismo y la sugestión de una persona única como de un público. Tal lo demostró uno en Londres, ante un concurso de teatro, primero, y ante una asamblea de sabios, después, en la que figuraban las más altas celebridades de Oxford.

El fakir elevóse en el aire hasta una considerable altura, y se sostuvo allí fijo, sin punto alguno de apoyo. Sentado en medio del círculo de los espectadores, les anunció que iba a desaparecer, y desapareció, y en su voz siguió surgiendo desde la silla vacía. Sembró en el suelo una semilla, brotó una planta; creció el árbol; las ramas se cubrieron de hojas, las hojas de flores. . . y luego se desvaneció todo como en una escena de magia. Hizo hervir el agua de un estanque y evaporarse en un minuto; a varios metros de altura se tendió una nube densa, y la nube, en fin, se convirtió en una lluvia copiosa, llenando de nuevo el estanque.

Estos y otros prodigos, no eran en el fondo sino casos de hipnotismo y de sugestión simultáneos, producidos en toda una concurrencia. Las leyes cósmicas son inmutables, y su violación residía tan sólo en el alucinamiento de los cerebros, dominados por un hombre. ¿Cómo logran los fakires alcanzar un conocimiento tan perfecto de esa ciencia? He aquí lo que aún ignoramos los occidentales. Pero si no le es posible todavía a uno acá igualarles, puede llegar, si se propone, hasta muy cerca. Y yo, consagrado a tal estudio, casi exclusivamente, conseguí hacer conquistas halagüeñas. Así, al cerciorarme de aquella naciente pasión criminal, la manera de castigar a los

culpables nació logicamente en consonancia con mis investigaciones y descubrimientos; y el plan lo formé rápido.

A ambos les había hipnotizado repetidas veces para experimentos importantes. Ahora bien, suprimir en los dos - en ella especialmente - la voluntad, aún en contra de sus más fuertes sentimientos, aún en contra del instinto de la propia conservación, era lo arduo de la tarea. Comencé, pués, por actos pequeños; los fuí aumentando por grados, y llegué a uno más serio: ya con éste era seguro el éxito del mayor. Fué el penúltimo, y consistió en ordenarle a ella se cortara los cabellos. Eran su orgullo: finos, espesos, negros, magníficos. A las dos horas se me presentó en mi cuarto-oficina, con el pelo corto. Venía confusa, avergonzada. No he podido contenerme-me dijo- no quería y no obstante, a pesar mío, tomé las tijeras, me los corté. . . y tuve que llamar a un peluquero para arreglarlos lo menos mal posible; debo de parecerte horrorosa. Me parecía encantadora con aquel peinado varonil, y el rostro, bajo él, delicado y ambiguo como el de un efebo. Sin embargo, le respondí: Estabas mejor con tus cabellos. . . Y añadí imperiosamente: Quédate. Obedeció como una niña; y empecé el último experimento.

Puse en su preparación toda mi energía, todo el fluído que los nervios, rudamente excitados durante esa semana, acumulaban, concentrândole, en mi cerebro. La desperté y se retiró. Desde aquel instante ya no era una persona, sino una máquina dócil, sometida por entero a una fuerza superior. Y esa fuerza iba a actuar en sus ideas como un feroz tirano. . . Hice luego venir al otro: el trabajo fué sencillo, pues la sugestión tendría como ayuda eficaz la pasión, ya en él indomable. . . En la escena del beso - la presencié detrás de un cortinaje- hubo gran audacia suya, y en ella sólo un consentimiento tímido y pasivo.

Eran las seis de la tarde cuando terminé. Permanecí solitario en la oficina; y a la suave penumbra crepuscular mi espíritu descansó, después de ocho días de cóleras comprimidas, de celos disimulados, de todo un mundo de cosas amargas y punzantes. La comida fué triste, a despecho de mis esfuerzos por animarla. Los dos estaban silenciosos, abstraídos: ni siquiera se miraban. Indudablemente algo, demasiado débil para ser una idea precisa, mas lo bastante a engendrar un vago y medroso presentimiento, palpitaba en aquellas almas,

faltas ya del libre raciocinio. La carne, aislada del espíritu, debe de conservar en su inconciencia una vida de larva, que le impide la rebeldía, pero de la noción del peligro, ante la proximidad del anonadamiento. Y ese terror paciente de la materia es como su protesta contra la fatalidad. Entonces, el espíritu, en su letargo, sufre y se puebla de presagios misteriosos, - presentimiento obscuro de desgracias cercanas, desconocidas, inevitables.

Al concluír la comida me despedí, anunciándoles para muy tarde el regreso. Salí, dejando mi revólver, cargado, en la gaveta de la mesa de noche de la alcoba. Me dirigí al teatro: quería ser visto fuera de casa. En el Metropolitano se representaba Otello; y los celos y la venganza del moro los encontré simples y brutales, como los de un salvaje de la época paleolítica, e indignos del cerebro refinado de los modernos. Regresé a las 11:30; subí a la oficina por la escalera privada, y me senté, vestido, ante el escritorio. Al otro lado del hall, en frente, al través de la puerta vidriera, veía la de la alcoba, por donde se tamizaba una luz tenue. Debían de estar allí hacía dos horas. La entrevista la reconstruía como si a ella hubiera asistido: encontráronse juntos, sin asombro, - autómatas guiados por un impulso irresistible- y el beso inicial, más largo que el otro, no tuvo ninguna repercución emotiva en sus facultades psíquicas.

Ahora, acostados en el lecho nupcial, él se dormía paulatinamente, para sumergirse en su sueño profundo, mientras ella, despierta, le espiaba. . . Transcurrieron diez minutos, veinte, veinticinco. Mis nervios vibraban sacudidos por impaciencia febril. Sin darme cuenta había llegado, por las piezas interiores, hasta una de las puertas de la alcoba. Las cortinas de los vidrios me estorbaban ver, pero mi imaginación estaba adentro, al lado del lecho y veía. . . El brazo de ella se deslizó sigiloso fuera de las sábanas, tiró de la gaveta, cogió el revólver, lo llevó al oído de su compañero. . . Los disparos fueron casi simultáneos; abrí la puerta, penetré, desprendí de la mano crispada el arma, la retuve en la mía y esperé en medio del cuarto erguido y sereno.

Aparecieron los criados, un agente de policía y algunos particulares. Sobre la blancura del lecho se extendía, agrandándose, una mancha pupúrea. El cuerpo de él estaba ya rígido, manando de la oreja izquierda un hilo de sangre negruzca; el de ella, con la sien des-

trozada, se agitaba en una agonía breve. Luego se inmovilizó también; y ambos así, rectos, en la casi desnudez de sus carnes, pálidas y sangrientas, semejaron el símbolo estatuario del delito castigado.... El cuadro no necesitaba explicaciones, todos guardaban silencio, contemplándome con simpatía compasiva. Y cuando el agente rompió el mutismo para decirme que le siguiera, su voz fué respetuosa como una súplica.....

LA ZAMACUECA

A Eduardo Shiaffino.

LA ZAMACUECA

En Valparaiso, el 18 de septiembre. La ciudad, toda ornamentada con banderas y gallardetes, vibraba sonoramente, en el regocijo de la fiesta nacional. La población entera se había echado a la calle, para aglomerarse en el malecón, frente a la bahía, donde los barcos de guerra y los mercantes, - engalanados también con las telas simbólicas del patriotismo cosmopolita, - simulaban arcos triunfales, flotantes y danzantes sobre el oleaje bravío. En el fondo, por encima de los techos de la ciudad comercial, asomaban las casas de los cerros, cual si se empinaran para atisbar a la muchedumbre del puerto. Las regatas de botes atraían a aquella concurrencia heterogénea. Y, en la omnicromía de su indumento, ondulaba compacta y vistosa bajo el sol primaveral, alto ya sobre la trasparencia del azul.

Con el inglés, Mr. Litchman, mi compañero de viaje desde Lima, presencié un rato las regatas. Los rotos del piel curtida, de pechos robustos y brazos musculosos, remaban vertiginosamente; y al impulso de los remos los botes, saltando, cabeceando, cortaban, con celeridad ardua, las olas convulsivas.

-¿Hay bailes hoy en Playa Ancha? -me preguntó Litchman.

-Sí, durante toda la semana.

-Entonces, si le parece, vamos. . . Son más interesantes que las regatas. . . Estos hombres no saben remar. . . .

Un coche pasaba, y subimos a él. Salvamos rápidamente las últimas casas del barrio sur, y seguimos por una calzada estrecha, elevada algunos metros sobre el mar. El sol llameaba como en pleno estío, y ante el incendio del espacio, la llanura océanica resplande-

cía ofuscante, refractando el fuego del astro. Al mismo tiempo, soplaba un viento marino, glacial por su frescura; y así el ambiente, dulcificado en su calor, amortecido en su frío, hacíase grato como un perfume. A un lado, abajo, el agua reventaba, con hervores estruendosos, con sonoras turbulencias de espumas. Al otro, se alzaba, casi recto, el flanco del cerro, a cuya meseta nos dirigíamos; y lejos, en la raya luminosa del horizonte, se perdía gradualmente la silueta de un buque.

El coche llegó al término de la ruta plana, e inició luego el ascenso de la espiral laborada en el costado del cerro. Ya en la meseta, con amplitud de valle, apareció en toda su magnificencia el paisaje, prestigiosamente panorámico. Frente, el mar, enorme de extensión, todo rizado de olas, reverberante de sol; atrás la cordillera costeña, recortando sus cumbres níveas en la gran curva del firmamento; a la izquierda, próxima, la playa de arena rubia, y a la derecha, con su puerto constelado de naves, con su aspecto caprichoso, con su singular fisonomía, Valparaiso, alegre hasta por la misma asimetría de su conjunto, y radiante bajo el oro del sol.

En la meseta, al través de boscajes, vestidos por la resurrección vernal, aparecía una extraña agrupación de carpas, semejantes al aduar de una tribu nómade. Detrás, dos hileras de casas de piedra constituían la edificación estable del paraje. Y de las carpas y de las casas volaban ritmos de músicas raras, cantares de voces discordantes, gritos, carcajadas: todo, en una polifonía estrepitosa. Cruzamos con pasos elásticos, los boscajes: bajo los árboles renacientes encontrábamos parejas de mozos y de mozas, en agrestes idilios, o bien familias completas, merendando a la sombra hospitalaria de algún toldo. Nos metimos por entre las carpas: alrededor de una, más grande, se apretaba la gente, en turba nutrida, aguardando su turno de baile. Penetramos. Dentro, la concurrencia no era menos espesa. Hombres, trajeados con pantalones y camisas de lana, de colores obscuros, y mujeres con telas de tintas violentas, formaban ancha rueda, eslabonada por un piano viejo, ante el cual estaba el pianista. Junto al piano, un muchacho tocaba la guitarra y tres mujeres cantaban, llevando el compás con palmadas. En un ángulo de la sala levantábase el mostrador, cargado de botellas y vasos con bebidas, cuyos fermentos alcohólicos saturaban el recinto de emanaciones mareantes. Y en el centro de la rueda, sobre la alfombra, ten-

dida en el piso terroso, una pareja bailaba la zamacueca.

Jóvenes ambos, ofrecían notorio contraste. Era él un gañán de tez tostada, de mediana estatura, de cabello y barba negros: un perfecto ejemplar del roto, mezcla de campesino y marinero. Con el sombrero de fieltro en una mano, y en la otra un pañuelo rojo, fornido y ágil, giraba zapateando en torno de ella. La muchacha, en cambio, parecía algo exótico en aquel sitio. Grácil y esbelta, bajo la borla de la cabellera broncínea destacábase su rostro, de admirable regularidad de rasgos. Tenía, lujo excéntrico, un vestido de seda amarilla; el busto envuelto por un pañolón chinesco, cuyas coloraciones rabiaban en la cruda luz, y en la mano un pañuelo también rojo. Muy blanca, la danza le encendía, con tonos carmíneos, la mejillas. En sus ojos garzos, circuídos de grandes ojeras azulosas, había ese brillo de potencia extraordinaria, ese ardor concentrado y húmedo, peculiares en ciertas histerias; y con la boca entreabierta y las ventanas de la nariz palpitantes, inhalaba ávidamente el aire, como si le fuera rebelde a los pulmones.

Bailaba, ajustando sus movimientos a los compases difíciles, cambiantes, de la música. Y su cuerpo, fino, flexible, se enarcaba, se estiraba, se encogía, se cimbraba, erguíase, vibraba, se retorcía, aceleraba los pasos, imprimíales lentitudes lánguidas, tenía contorsiones bruscas, actitudes epilépticas, gestos galvánicos; o se mecía con balanceos muelles, adquiriendo posturas de languidez, de abandono, de desmayos absolutos. Y así, siempre serpentina, rebosante de voluptuosidad turbadora, de incitaciones perversas, voltejeaba ante los ojos como una fascinación demoniaca.

¿De qué altura social, por qué misteriosa pendiente descendió aquella hermosa criatura, de porte delicado, de apariencia aristocrática? ¿Qué lazos la unían, antiguos o recientes, con su compañero de baile? ¿Era una degenerada nativa, a quien desequilibrios orgánicos aventaron lejos del hogar, en alguna loca aventura? ¿O la fatalidad la arrojó al abismo, convirtiéndola en la infeliz histérica, que ahora, en aquel recinto, daba tan extraña nota, siendo a la vez una curiosidad dolorosa y una provocación embriagante?

La voz del inglés me arrancó a estos pensamientos:

-Voy a bailar. . . me gusta mucho la zamacueca. . . y esa mujer también. Ayer bailé con ella.

Le miré: su semblante permanecía grave, y sus grandes ojos celtas contemplaban serenamente ằ la bailadora. Saco un pañuelo escarlata, traido sin duda para el caso, y adelantó hasta el medio de la rueda. La pareja se detuvo: el roto, cejijunto, hostil; la muchacha, ondulando sobre los pies inmóviles, sonriendo a Litchman, quien sin perder su gravedad, esbozaba ya un paso de la danza. . . Pero el suplantado, de un salto, se le colocó delante. Un puñal pequeño relucía en su mano.

-Hoy no dejo que me la quite. . . Acaso la traigo para que usted. . . . .

No pudo concluír la frase: el brazo de Litchman se alzó y tendióse rápido, y un formidable mazazo retumbó en la frente del roto. Vaciló éste, tambaleóse y rodó por el suelo, con la cara bañada en sangre. La música y el canto enmudecieron; y la rueda espectante convirtióse en un grupo, arremolinado alrededor del caído. Ya Litchman, impasible siempre, estaba junto a mí y nos preparábamos para salir, cuando, agudo, brotó un grito del grupo. Hubo otro remolino disolvente, y apareció de nuevo la primitiva pareja de baile. El hombre se limpiaba con el pañuelo la sangre de la frente; la muchacha, rígida, como petrificada, como enclavada en el piso, no trataba de enjugar la ola purpúrea que le manaba de la mejilla. La herida debía de ser grande; pero desaparecía bajo la mancha roja, cada vez más invasora. Y el roto, con voz silbante como un latigazo, le gritó a aquella faz despavorida y sangrienta:

-Creías, pues que sólo yo iba a quedar marcado. . .